

---

**EL CAMPO DE BATALLA.**

---

**JORNADA CUARTA.**

---

**ORMUZD.**

Mi túnica es el aire, la luz mi manto, el cielo sembrado de estrellas mi escudo, el sol mi casco, la aurora mi lecho, los cometas mis espadas, el rayo la chispa de mis armas, el trueno el ruido de las ruedas de mi carro, el espacio mi templo, el día mi celeste mirada que inunda de rosados reflejos los horizontes, y los átomos de éther en cuyos luminosos resplandores todas las cosas se bañan, son los génius que me sirven, los espíritus que me obedecen y que llevan á la naturaleza el eco sagrado de mi bendita palabra. Dioses del Oriente, ya habeis dormido largo tiempo en vuestras aras, en los altares de piedra, entre el humo de los pebeteros, poseidos por una meditacion di-

vina, embriagados con el aroma de los sacrificios; despertáos, y acudid á mi llamamiento, que vá á interrumpir vuestro sueño para que os lancéis sobre el mundo como la catarata sobre los abismos, como la luz del día sobre las espesas sombras. La inmovilidad es la muerte, la meditacion sin las obras es la esterilidad. Y el templo se queda desierto, y el ara abandonada, cuando los dioses, léjos de moverse y andar, se paran, como el árbol que yace petrificado despues de luengos siglos en las rocas no dá ni flores ni frutos, ni siente derramarse por sus secas fibras la vívida sávia. Venid, venid, pues, montados en alas del huracan, precedidos de los negros caballos de la tempestad, arrastrando en las orlas de vuestro manto las estrellas como el viento arrastra las amarillas secas hojas, blandiendo los inmensos cinceles con que habeis tallado el mundo en la soledad del espacio, mugidores como ondas de ideas que se arremolinan sobre la naturaleza, iluminados como el Oriente al despuntar el sol, y someteremos toda la tierra á nuestro dominio, para cuya obra mando yo caballos con diademas de oro, bueyes cubiertos de púrpura, serpientes con alas de serafines, cocodrilos, ángeles con centelleantes y aterradoras espadas, inmóviles y hermosas es-

finjes ceñidas de guirnaldas de flores, los tipos de todas las cosas, los ideales de todos los mundos. Yo, suspendido sobre lo infinito, coronado con la primera luz que doró el mundo, rodeado de estrellas como de abejas la flor que guarda dulce miel en su cáliz, agitando la tempestad, tendiendo la luz del relámpago sobre los abismos á donde no alcanza el fuego de la vida, levantando con el choque de mi cetro en las alturas nuevos séres, os llamo á este festin de la vida universal, á esta explosion de nuestra misteriosa esencia. Venid, pues, dioses del Oriente, venid, y nos exparciremos por los pueblos como se exparcen las mariposas en primavera por un campo cubierto de pintadas y aromáticas flores.

ARIHMAN.

No, no se extenderán por la tierra; que yo lo impediré. Encerrado en mi negro antro, cubierta mi frente de tinieblas, perdidas mis plantas en la nada, ateridos mis miembros de frio, congeladas mis lágrimas en mi barba de víboras, rodeado de tigres y de chacales que rompen con siniestro ruido huesos humanos entre sus dientes, produciendo con mi aliento escorpiones, con mi avieso mirar espesas sombras, dejando la esterilidad donde

quiera que pongo la planta, la muerte donde quiera que pongo el pensamiento; yo he nacido para luchar, para revolcarme en la sangre, para alzar mi soberbia hasta el sol y arrojarlo en lo profundo como una pobre pavesa: que bajo mi dominio tengo las tinieblas, el amargo mal, veneno con que puedo emponzoñar todo el Universo. Mira mis ejércitos hambrientos de matanza. Son la víbora que lleva en sus fáuces amargo veneno, el lobo que aulla hociqueando en las entrañas calientes de sus víctimas, el tigre que acerca sus uñas para lanzarse sobre la codiciada presa, el buitro que grazna en los festines de carne cruda, el insecto venenoso que roe los troncos de los árboles, las langostas que esterilizan los campos, los murciélagos que sólo pueden vivir entre tinieblas, el buho traidor, la siniestra lechuza, las sombras que oscurecen las estrellas, las aviesas pasiones que agitan el corazón del hombre; cortejo de males que se lanzan á una voz mía sobre la tierra, y la maltratan, y la hieren, y la arrastran en larga y dolorosa agonía, y la cubren con las cenizas de la muerte. Hiende, Ormuzd, con tus flechas de luz los espacios, llama al mágico sonido de tu voz los coros de las estrellas, canta sobre las nubes, ya argentadas por el rayo de la luna, ya ceñidas

de púrpura por el resplandor de la aurora, sumérgete en el rocío que al nacer la mañana humedece los campos, baña tu alma en las esencias de las flores que agitadas de amor abren al dulce beso del áura sus corolas, en tanto que yo tejo con los hilos de mis sombras, con las telas de mis arañas, con las alas de mis murciélagos, con las pieles de mis ratas, con los negros vellones de mis negras tempestades, un sudario que, arrojado sobre tu luz, tus armonías, tus ilusiones, las aniquile, y sólo deje de tu existencia un poco de ceniza que mi soplo arrastre á los abismos de mi reino para que en ellas se revuelquen mis tigres. Y cuando despues de esta guerra yo recorra triunfante en alas del viento mis dominios, en vez de sol habrá una inmensa y negra araña envuelta en tinieblas, y en vez de astros montones de lava fría, y en vez de tierra un sepulcro entreabierto lleno de gusanos, y en vez de ángeles con sus coronas de oro buhos y murciélagos que agiten las tinieblas con sus alas, y en vez de esa alegría que derramas por toda la naturaleza, mi negra desesperación. Vamos, vamos á la guerra.

LOS PERSAS (*en el campo de batalla*).

La trompa guerrera vá á sonar. Comencemos

la batalla por una oracion á todo lo creado. Bendito sea el primer rayo de luz de que se armó el sol, el primer espacio del cielo que se extendió sobre la tierra, las flores que abrian sus cálices al primer suspiro del áura; el mar que se tendió celeste y puro sobre su lecho, el primer torrente que se despeñó reproduciendo en el estruendo de sus aguas las armonías dulcísimas de la creacion, la primer mariposa que se levantó de la flor, la estrella que trazó su huella con el resplandor de la luz inmaculada, la gota de rocío que lloró la primer aurora del Universo en los bosques agitados por una plegaria religiosa, la creacion ideal y divina que se cierne sobre esta creacion transitoria y fugaz como la idea sobre la estatua, como el espíritu sobre el cuerpo.

LOS ESCITAS (*que pasan corriendo por los limites de un campo de batalla*).

Ven, viento del desierto, y traénos en tus alas el grito de guerra. Venid, chispas de nuestras espadas, y guiadnos al campo de nuestros enemigos. Tinieblas del abismo, envolvednos como el ave nocturna, para que clavemos las garras en el vientre de nuestras víctimas. Espada, ten hambre de carne; flecha, ten de ardiente sangre ardiente

sed. Vestido de cuero que nos cubres, pronto te vamos á dejar para vestirnos con la piel curtida de nuestros vencidos. Hacha que centelleas en nuestras espaldas, tu reflejo brilla en la batalla como el relámpago en tempestuosa noche. Lanza que vibras en nuestras manos, tu punta es más acerada y más terrible que la punta del rayo. Sí; al lanzarnos sobre el enemigo hambrientos, lucharemos para vencer, y despues de vencer tendremos un festin de carne de caballos y leche de camellas. Y en medio del campo cubierto de cadáveres, sobre la pira formada de leños secos levantaremos nuestro único dios, nuestra espada, ofreciéndole sacrificios de víctimas humanas y libaciones de hirviente y negra sangre. Y vencedores volveremos á la choza de nuestros padres, entre el polvo del combate, llevando en el cuello de nuestros negros caballos las cabezas de los rotos enemigos, y en el carcax que cubre nuestras espaldas sus manos derechas, y en los hombros el pellejo arrancado á sus cadáveres. Gritemos como el cuervo hambriento, rujamos como el leon en su calentura. Corramos á la batalla con la ligereza del viento, con el furor de la negra tempestad.

## LOS PERSAS.

Aparejemos nuestros carros de guerra, y arro-  
jemos en ellos nuestras mujeres, nuestros hijos,  
nuestros ídolos. Corramos á encontrar á nuestros  
enemigos. Que la cólera sea el aguijón de nues-  
tros pasos. Venid pronto, soldados de los campos  
y de las ciudades, y aguzad vuestras armas. Ve-  
nid, quiliarcas persas, más temibles en la batalla  
que el fuego de la tempestad en las selvas. No re-  
posemos un instante, y lancémonos audaces sobre  
los enemigos de nuestra raza, sobre los que no  
quieren reconocer nuestro incontrastable dominio.  
Sigannos á la batalla todos nuestros grandes y  
formidables tributarios: los indios cubiertos de  
blanco linó, montados en sus elefantes; los etío-  
pes que llevan sobre sus negras carnes doradas  
pieles de león; los pueblos cazadores que acome-  
ten sin armas y á bocados á sus enemigos; los  
medas cubiertos de púrpura y oro, resplandecien-  
tes de riqueza; los hijos de las líbicas regiones,  
tendidos en sus carros, destellando odio y ven-  
ganza de sus ojos; los árabes en sus erguidos ca-  
mellos, lanzando gritos agudos como el buitre so-  
bre el cadáver, y moviéndose como la abrasada  
arena en los remolinos del viento; los esclavos fe-

nicios á quienes por compasión no hemos arran-  
cado los ojos, y que sobre su yunque nos forjan  
escudos y armas; todos arrójense audaces sobre  
su presa, para dar un tributario más á la reina  
de las gentes, á la Persia.

## CORO DE ESCLAVOS.

Abrid paso al rey de los persas, al hijo de los  
dioses, al más grande y más sublime entre los  
hombres, al que tiene en sus manos nuestra vi-  
da y guarda en su arco nuestra muerte. Corre,  
señor, con la celeridad del luminoso relámpago  
por este campo, donde tu voz despertará todos  
los corazones, como el primer rayo del sol des-  
pierta á las aves dormidas en los árboles. A una  
palabra tuya, á una señal de tus manos, los ca-  
ballos volarán como las negras nubes en alas del  
huracán, los arcos lanzarán más flechas que áto-  
mos de luz el radiante sol, las espadas destilarán  
sangre enemiga de sus cortantes filos, resonarán  
los escudos como las nubes por la tempestad es-  
tremecidas, y los campos quedarán cubiertos de  
bárbaros que reconocerán en su agonía todo el  
poder de tu brazo, toda la fuerza de tu incon-  
trastable voluntad. Miradlo: su túnica de seda  
está tejida en Babilonia, su manto de púrpura te-

ñido en Tiro, sus sandalias de oro hechas en Bactriana, las perlas de sus brazaletes pescadas en los mares de Chipre, las esmeraldas de su corona arrancadas á las tierras de Golconda, el carro de guerra es de los reyes de Ninive, el arpa de oro que lleva á su lado de los despojos de los hebreos, la silla de marfil en que se sienta es del botin de Egipto, las flechas que penden de su espalda son de Etiopía, el escudo de acero que vibra en su brazo ha sido forjado en Persépolis, las guirnaldas de flores que á sus piés se extienden, entrelazadas por las manos de sus esclavas sirias, el quita-sol que le dá sombra arrancado con la vida en el campo de batalla á un rey de la India, los negros caballos que le arrastran robados al árabe errante en el desierto, y los esclavos que le siguen, traídos de todas las regiones de la tierra, que se postran asustadas ante su inmenso poderío. Corre, señor, que el mundo entero te saluda. Mezcla en tu copa gotas de sangre de todas las razas, reúne en tu ejército soldados de todos los pueblos, guarda en tu serrallo mujeres de todos los climas, pelea con armas usadas por todos los guerreros, corre á tu antojo por el mundo sin que te detenga ni monte, ni rio, ni mar, convoca en tu templo los dioses de todas las religiones, y arrojando

á tus piés todos estos elementos, crea con su ebullicion una nueva vida. Postraos, soldados, confundios en el polvo, bajad vuestra frente, cerrad vuestros ojos, porque el rey que pasa, ciega con sus lucentes resplandores, como el sol, á cuantos le miran cara á cara. Bendito seas, bendito seas de generacion en generacion y de gente en gente, tú que has domado todas las razas y que tienes por escabel toda la tierra; bendito seas, señor de los persas.

## KAI-KOSRU.

Sátrapas, soldados, oidme, que soy rey de reyes. Ya sabeis que hemos corrido el Asia en alas de nuestro poder y de nuestra gloria. La Siria nos ha ofrecido sus palmas, la Media sus negros caballos, la Lidia los tesoros de sus reyes, Babilonia los secretos de sus magos, el Egipto la ciencia de sus sacerdotes, Ninive el arco y las flechas de sus héroes, la Arabia sus tribus errantes, la Etiopía sus negros esclavos, la India sus flores, su oro, su lino, sus dioses, y hasta las tribus bárbaras que viven apartadas y recludas en negras madrigueras, han reconocido nuestro poder, se han sujetado al yugo de Persia, aunque jamás vieron la sombra de nuestras banderas. Sólamen-

te los escitas, engendros de la noche, que han sido ennegrecidos por las tinieblas, sedientos de sangre, hambrientos de carne humana, creen que pueden desafiarnos, porque Arhiman les ha envenenado sus flechas, sin saber que nosotros llevamos en el pecho la luminosa coraza de Ormuzd. El mundo entero es una lucha; de un lado están los génius de las tinieblas, escupiendo la noche de sus fauces, armados con el puñal de la muerte, habitadores de los negros abismos, que se extienden sobre el espacio como la negra lava escupida por el volcan sobre las flores; y de otro lado están los ethéreos hijos de la luz, con sus alas de áuras, sus coronas de estrellas, sus túnicas de color del cielo, sus lábios sonrosados por los besos de la aurora, vertiendo la luz en su camino, y llenando de armonías el Universo; y en esa lucha de la luz con las tinieblas, debemos mezclarnos, confundirnos los que hemos nacido de los amores del sol con la tierra, para auxiliar al bien á que precipite al mal en sus negros y pavorosos abismos. Vamos, hijos de Ormuzd, nacidos del rayo de sol que ilumina los espacios, vamos á esterminar á nuestros enemigos. El cielo nos guia, y el infierno en que Arhiman yace encadenado hierve bajo nuestras plantas. ¡A la guerra, á la guerra!

ORIEL (*tendido á un lado sobre un escudo*).

¡Ah! No puedo más. He corrido tras ese carro, envuelto en una nube de polvo, cargado con este inmenso escudo. Si me detenía un instante á recoger aire en mi pecho para continuar mi carrera, los soldados que me seguian cruzaban mi desnudo cuerpo con sus látigos. Si iba á beber en algun arroyo, los caballos de los medas saltaban sobre mi cabeza y me herian con sus cascos la frente. Si pedía un poco de alimento para reponer mis fuerzas, me contestaban los cortesanos escupiéndome al rostro y burlándose de mi debilidad y de mi flaqueza, en tanto que devoraban riquísimas viandas. ¡Y yo, yo obligado á batirme en estos campos, en estas guerras, sin amor á los que me mandan, sin ódio á los que me combaten! Y bajo este ardoroso enrojecido sol, en esta tierra candente, rodeado de hombres que ahullan como fieras, que beben la sangre de sus enemigos, yo, yo me veo obligado á asestar mi flecha, que no sé dónde va á parar ni en qué cuerpo se clavará, y soy ¡ah! soy asesino inocente. ¡Cuántas veces, al pasear mi lacrimosa mirada por los desolados campos, y ver tantos cadáveres, pálidos, teñidos en sangre, un negro remordimiento ha asaltado

mi conciencia, un dolor agudo ha herido mi corazón, y de rodillas, les he hablado como si fueran capaces de oirme, y les he dicho que me perdonaran por si acaso mi flecha les habia dado la muerte, que yo condenaba con todo mi corazón, con toda esta voluntad, que no es mia, sino de los que se llaman mis señores; y absorto en estas reflexiones he derramado sobre los yertos troncos un mar de lágrimas, que por su calor hubieran podido devolverles la vida! Cuando se oye la trompa guerrera, cuando resuenan las voces precursoras de la batalla, los caballos relinchan, los elefantes sacan su inmensa trompa, los soldados gritan y mueven sus armas, todos los ojos lanzan relámpagos siniestros, todos los corazones se encienden; y yo, frio, indiferente á la lucha, sólo siento que cada gota de sangre derramada cae sobre mi corazón como una gota de plomo derretido. Para mí no hay más que dolores, no hay más que tormentos en esta larga ascension á mi martirio. Cuando corro por el campo de batalla, doquier veo un cadáver, me paro á considerar cuántos corazones habrá herido con su muerte, cuántas almas habrá oscurecido; y envidio al que muere con la dulce esperanza de recibir en sus frias cenizas una calorosa lágrima. Séres que en el

horror de la batalla habré muerto con mis flechas envenenadas por mis señores, mi voluntad os deseaba la vida, mientras mi brazo os daba la muerte. Mirad si hay dolor comparable á mi dolor. Al ménos vosotros, en la tumba fria, en brazos de la muerte que todo lo descompone y sobre todo arroja el negro sudario del olvido, sois felices, y no teneis sobre vuestras espaldas el látigo, ni sobre vuestra alma el desprecio de estos déspotas. Morir, dormir en el polvo, es descansar para siempre; en tanto que vivir así, dolorido, sin voluntad, sin conciencia y sin esperanza de redencion, es arrastrarse en la muerte, pero en una muerte tan negra y desesperante, que nos aniquila para toda alegría y para todo bien, dejándonos sólomente vivos para el dolor. ¡Qué desgraciado nací! Veo á mi lado pasar las generaciones, renovarse las olas de los siglos como se renuevan las ondas del mar, caer unos dioses y de sus ruinas levantarse otros dioses, huir las ideas de la conciencia como huyen barridas por el huracan las nubes del horizonte, derretirse las coronas en la frente de los reyes, desaparecer los ejércitos vencidos y los ejércitos vencedores y hundirse todos en la sima del olvido, borrarse los templos del espacio como se borran del desierto las hue-



llas de la errante caravana; y en esta renovacion universal, en este cambio y movimiento constante de todas las cosas y de todos los séres, cuando espero que la muerte venga y me dé su ósculo, y me haga apurar hasta las heces su cáliz, y me recline en su regazo, y me arrulle con su frio aliento, y me dé ese eterno envidiable sueño en que todo mi sér se borre, y con él se borren todos mis dolores, permanezco aquí mudo é inmóvil, semejante á la eterna esfinge que lleva sobre sus espaldas un templo, cual si de mí toda la vida y todo el sér de esta sociedad dependiese. Y hay que luchar, porque así lo mandan mis señores. Y hay que matar, porque mis señores lo dicen. Oigo resonar los instrumentos bélicos. Una inmensa y confusa gritería llega hasta las estrellas. Nubes de polvo cruzan en todas direcciones, envolviendo en sus torbellinos los negros caballos que vuelan como el huracan. ¡Ah! La muerte se levanta, extiende sobre el campo sus alas de murciélago, y arroja de su boca su envenenado soplo. ¡Oh muerte! ¡Oh muerte!

UN SOLDADO PERSA (*que tropieza con Oriel*).

Levántate, levántate, esclavo. Más valiera que oyese el son de la guerrera trompa que te llama

al combate. Corre, vuela, ó de lo contrario te azotaré con mi látigo. ¡Oh! La muerte siempre nos ha de herir á nosotros, hijos de las montañas, nacidos en Persia, y ha de respetar á los esclavos, á los hijos de los extranjeros que tal vez en la guerra azotaron á nuestros padres. Levántate, perro vil, levántate, y sígueme á la lucha, á la batalla.

ORIEL.

Soy esclavo del hijo mayor del rey. Me ha mandado detenerme aquí, y aquí me detengo; y cansado de mi larga carrera, me tiendo sobre este escudo. Si me he tendido aquí, ha sido por su voluntad, no por la mia, que es ninguna. Jamás, jamás tuve yo voluntad. Si en algo, soldado, por estar ahí te he ofendido, perdóname. Ya sé que debo agradeceros mucho el pedazo de pan que como y el suspiro de aire que respiro, porque nada, nada merezco, de nada soy digno, como engendrado en la desgracia y nacido para la servidumbre.

EL SOLDADO PERSA.

Toma, y calla. (*Le dá con su espada unos golpes en la espalda, y sigue su camino*).

## ORIEL.

Todos me maltratan, y yo no tengo ánimo siquiera para mirar á los que me maltratan. El menosprecio de todos, el látigo siempre chasqueando en mis oídos é hiriéndome en todo mi cuerpo, las maldiciones de los pueblos, el hábito de la servidumbre, de tal suerte han clavado hasta mi corazón las cadenas, que al ver un hombre que se pertenece á sí mismo, que tiene voluntad y hogar, y familia y dioses, tiemblo en su presencia, y creo que puede golpearme, herirme en justicia, porque él es poderoso y yo soy esclavo; y así mi vida es un largo martirio sin tregua ni descanso, y el olvido de todos es mi único refugio, mi consuelo único. El ejército enemigo avanza. El rey se apresta á la lucha; su hijo, que es mi dueño, también; corramos, esclavos, corramos al campo de batalla.

EL JEFE DE LOS ESCITAS (*á sus gentes*).

El relámpago de la guerra brilla presagiándonos la gran tempestad. Sonad los atambores mágicos hechos con la piel de nuestros enemigos. El campo de batalla nos ofrece gran botín, montones de riquísimos despojos, hermosas mujeres,

vino para embriagarnos, carne cruda y sangrienta para hartar nuestra rabiosa hambre. Fruncid las cejas como los génius de la guerra cuando van á blandir el rayo sobre sus enemigos; despedid de los sanguinolentos ojos siniestros y tétricos resplandores como la nube tempestuosa despidiendo el relámpago, y arrojáos sobre los persas como las ondas abrasadas de arena sobre la errante caravana, ahogándolos en el humo de vuestro encendido furor. Cuando el arco se quiebre, cuando la flecha esté saciada ya de hirviente sangre, cuando la espada se haya roto de quebrar huesos, arrojáos sobre los árboles del camino, arrancándolos con esa fuerza indomable que os dieron nuestros génius guerreros; aplastad al enemigo, hasta ver si machacáis contra las piedras la cabeza coronada de Persia. Cuando no hay armas, las rocas sirven para aplastar á los enemigos, las rocas despeñadas de las altas montañas por la ira son como las piedras que en su ímpetu arrastran los torrentes. Así nos llegaremos á los muros de sus ciudades, arrancaremos sus pesadas puertas de acero, demoleremos sus orgullosos templos que desafían al cielo, cargaremos nuestros caballos con sus ídolos de oro, haremos nuestras esclavas á sus mujeres, y hervirán sobre sus ciudades

nuestros ódios como hierve el mar cuando sepulta una isla en sus amargas espumas. Corred por la llanura como corre el viento por el desierto. Azotad á vuestros caballos para que se lancen sobre el enemigo como la nube oscura sobre la tierra; y allá, al fin de la batalla, os aguarda el premio más hermoso. Repartireis la púrpura de esos príncipes; os enriquecereis con sus piedras preciosas; el trono de oro en que se asientan servirá de lecho para vuestros placeres, sus palacios y sus templos de cuadras para vuestros caballos, sus pueblos de esclavos, sus dioses de juguetes para vuestros hijos, sus armas de pira para vuestros altares, y os gozareis en descuartizar un imperio y arrojar sus miembros destrozados á las panteiras y á los tigres del desierto. Asestad, asestad vuestro arco y despedid vuestra flecha: que pronto vereis por tierra derrocado el gran coloso, terror de vuestros padres. Ahuyentareis á sus defensores á poca costa, como se ahuyenta con un grito á un cuervo. No temais. No hay caballo tan ligero como el caballo del desierto, no hay flecha tan venenosa como vuestra flecha, no hay arco tan potente como vuestro arco, no hay, no, guerrero que pueda ponerse sin temblar delante del escita, que hace á sus dioses libaciones de sangre.

Corred, corred á la pelea, hijos del desierto.

KAI-KOSRU (*desde el campo persa*).

Venid, ejércitos míos, seguidme á la pelea. Ningun poder de la tierra ha reunido como yo tantos pueblos bajo los pliegues de su manto. Los que bebeis las claras aguas del Oronto; los que habitais en los picos del Libano en compañía de las águilas; los que me debeis, hijos de Palestina, que haya roto vuestras cadenas y os haya devuelto á vuestro inmenso templo; los que nacisteis en las altas montañas que son como el lazo de todas las cordilleras del Asia; los habitadores inquietos del desierto, que envueltos en vuestros mantos de lana blanca pareceis entre el polvo del combate ardientes nubes que rozan las abrasadas arenas; los que respirais las frescas áuras del Indo y venis armados de vuestro arco á la pelea, seguidme: que vamos á exterminar á esos bárbaros escitas, que quieren sacrificarnos en aras de sus horribles divinidades sedientas de nuestra sangre. Mirad su jefe, con su arco á la espalda, su cuerpo cubierto de pieles de tigre, sus piés y sus brazos desnudos, sus megillas pintadas de sangre, su mano agitada por la rábía, y su lábio vibrando palabras de maldicion contra nuestro poder, palabras hir-